

CIEGOS VOLUNTARIOS.

(SU INFELIZ ESTADO.)

Cæcus quidam sedebat secus viam.

Estaba un ciego sentado á la orilla del camino.

(Luc. xviii, 35.)

Un pobre ciego nos propone hoy el santo Evangelio, y, en su ceguera, nos recuerda una de las mayores miserias del hombre, porque, realmente, ¿qué mayor miseria, que haber de vivir en una oscura y perpétua noche? ¿Qué gozo puedo tener, decía el ciego Tobías, cuando me hallo cubierto de tinieblas, que no me dejan ver la luz del cielo? Con ser tan grande la miseria de la ceguera corporal, es tanto mayor la de la ceguera espiritual, cuanto va del cuerpo al alma, y del sentido de los ojos al entendimiento. Esta lastimosa miseria nos dejó, entre otras, por herencia, nuestro primer padre. Había Dios ilustrado su alma con la luz necesaria para contemplar á su Criador, conocer el alto fin á que le había destinado, y los medios que debía practicar para conseguirlo; había infundido en su entendimiento las ciencias que más le convenían para el recto gobierno de sí mismo y de los hijos; pero desvanecido su corazón con las sugerencias malignas de la serpiente infernal y de la propia mujer, no se contentó con la ciencia que Dios le había dado, sino que aspiró soberbio á la ciencia propia del mismo Dios. En justa pena de su soberbia, quedó su entendimiento, en gran parte, oscurecido; y toda la naturaleza humana, inficionada con la culpa de su cabeza, quedó envuelta en las tinieblas de una profunda ignorancia.

¡Qué ignorancia más profunda, que la de los descendientes de Adán al entrar en este mundo! Si contemplamos á un niño en los primeros pasos de su vida, nos parecerá más un tronco que un hombre: prueba manifiesta de un gran pecado, que inficionando toda la

naturaleza, dejó abatida la parte más noble del hombre; y ciertamente no sería conforme á las disposiciones suaves de la divina Providencia, que sin haber precedido un gran pecado, el hombre, obra la más excelente de sus manos, en quien imprimió el sello de su imagen, y á cuyo imperio sujetó todos los vivientes, viniese al mundo más incapaz y rudo que los mismos animales, criados para prestarle vasallaje.

Las tinieblas profundísimas de la ignorancia con que nacemos todos los hijos de Adán, se van disipando con la edad, al paso que va creciendo el uso de la razón. Á esta luz natural se nos añade, por especial beneficio, la de la fe, que nos muestra la bienaventuranza eterna para la cual somos criados, los medios necesarios para conseguir tan dichoso fin; las verdades más sublimes, más importantes, más dignas del conocimiento humano. ¡Feliz el hombre, si sabe aprovecharse de estas luces! Pero mal avenido con su verdadera dicha, en vez de contemplarlas atentamente, y seguir las con todo su afecto, cierra muchas veces los ojos para no verlas: así, el que fué ciego por naturaleza, se hace ciego por voluntad, ó por antojo. Veis aquí, amados oyentes, la ceguera más funesta, la más deplorable miseria de los hijos de Adán, que quiero exponer hoy á vuestra consideración, para excitar en vuestros corazones todo el horror que merece. Será, pues, todo el objeto de mi discurso, el infeliz estado de los que se han hecho voluntariamente ciegos. Pidamos la divina asistencia, por intercesión de la Virgen María. A. M.

1. Aquellos infelices libertinos, que, según los pinta el libro de la Sabiduría, pasaron su vida procurando en todo satisfacer sus apetitos, luego que llegaron al término fatal de su carrera, desengañados con el escarmiento, confesaron abiertamente, que habían errado el camino de la verdadera dicha; pero poseídos aun del antiguo espíritu de soberbia, ya que no podían disimular su gravísimo error, quisieron disculparlo con la falta de luz. Fué tanta, decían, nuestra desgracia, que para nosotros no amaneció la luz de la razón, que pudiera librarnos de los peligros del mundo y guiarnos por el camino seguro de la verdadera felicidad: *Justitiæ lumen non illuxit nobis, et sol intelligentiæ non ortus est nobis.* SAP. v, 6. ¡Miserable disculpa! La luz de la razón es como la del sol, que para todos nace y á todos alumbrá, si no apartan los ojos de su resplandor. La divina Sabiduría, fuente inagotable de luz, alumbrá á todos los hombres que vienen al mundo. En el interior del hombre ha encendido el Criador una antorcha resplandeciente, que siempre arde: tal vez, dice Ter-

tuliano, puede nuestra malicia ofuscarla; pero, apagarla, no puede. Ella nos muestra la verdad, nos descubre los engaños, nos declara lo que es bueno y lo que es malo, lo que debemos hacer ó evitar para ser verdaderamente felices. Pero aquellos desdichados, como todos sus imitadores, cerraron los ojos para no ver lo que les manifestaba con bastante claridad; amaron más las tinieblas que la luz; les era dulce su error; el mismo engaño, que debían abominar, les era muy agradable, porque favorecía sus perversas inclinaciones. Estas fueron las que cegaron su entendimiento, para que no pudieran ver lo que más les importaba: erraron realmente, dice el Sabio, porque los cegó su propia malicia: *Hæc cogitaverunt et erraverunt; excæcavit enim illos malitia eorum.* SAP. II, 21.

La luz del Evangelio, con ser clarísima, de nada sirve á los que temerariamente quieren perderse, porque el dios de este mundo ha cegado sus entendimientos y corazones; de modo, que no puedan verla. ¿Sabeis, oyentes carísimos; quien es el dios de este mundo, que así ciega el entendimiento humano? Es el objeto de los apetitos desordenados, las honras mundanas, las riquezas terrenas; las pompas y vanidades, los placeres y deleites carnales: estos son los dioses de este mundo, estos los ídolos que el mundo adora, y á quienes los mundanos consagran sus deseos, sus cuidados y sus corazones; estos los que arrastran el afecto y excitan las vehementes pasiones con que se ciega el entendimiento, para que no vea el hombre la luz de la verdad, que pudiera dirigir sus pasos por el camino seguro de la dicha eterna.

Un hombre, dominado de una pasión, es como un caballo desbocado, que, arrojando el jinete que le guiaba, corre sin tino y sin freno por donde le lleva su ciego furor: no ve los embarazos de su carrera, por grandes que sean; no repara donde pone los piés; no advierte los peligros y derrumbaderos; anda y corre tan ciego, que se vé precipitado antes que haya visto el precipicio. Tal es la furia del hombre, arrastrado de una pasión vehemente: ya no se deja guiar por la razón; ya no atiende á consejos, avisos, desengaños, ni á las más graves leyes; ya no repara en el dispendio de su familia, de su salud ni de su propio decoro; ya no vé los peligros y precipicios que le rodean; ya no se acuerda de su alma, ni del mismo Dios: en fin, ya no hacen impresion en su pecho las voces de gloria, infierno, eternidad: así, á ojos cerrados, corre furioso y se precipita en el profundo abismo de su eterna miseria; cumpliéndose á la letra la sentencia de Salomon, Prov. IV, 16, que semejantes hombres andan á

oscuras, sin ver ni el camino por donde pasan, ni el término á donde han de parar.

Con ser David tan sábio y tan ilustrado, una vez que se dejó dominar de una pasión, de tal suerte se oscureció su entendimiento, que, según confiesa él mismo, absolutamente no veía, como si hubiera cegado: *Comprehenderunt me iniquitates meæ, et non potui ut viderem.* SALM. XXXIX, 13. En efecto; después que se encendió en el pecho de aquel gran monarca la torpe llama del amor de Betsabé, preguntadle: ¿si se acuerda de la divina ley, que antes meditaba día y noche; de los divinos beneficios, que tenía tan altamente grabados en su corazón; del severísimo juicio de Dios, que solía traerle siempre desvelado, y siempre temeroso? Preguntadle: ¿si tiene presente su honor, su alto carácter, la mancha feísima que va á poner en su real púrpura? ¿Si considera los gravísimos daños á que expondrá, no solo su persona, sino todo el reino, con una serie de acciones injustas, indecentes, abominables, que, al cabo, se han de publicar; y cuando pueda con toda su arte ocultarlas al mundo, serán patentes á los ojos de Dios, y pedirán justicia en su divino tribunal, que él mismo suele ponderar severísimo? ¿Si advierte las injurias atroces, que hace al vasallo más fiel, al más noble capitán de su ejército, que nada respira sino amor y servicio de su rey? En nada de esto piensa, nada le ocurre, nada vé, porque el furor de su pasión le ha cerrado los ojos.

Tanta fué la ceguedad interior de un David, y tanta es, amados oyentes, la de todos los que se dejan dominar, como él, de una pasión vehemente. Herederos de la miseria de nuestros primeros padres, los imitan, con especialidad, en este punto. Moisés nos dice, que Adán y Eva, después de haber pecado, abrieron los ojos: *Aperti sunt oculi Amborum.* GEN. III, 7. ¿Luego los tuvieron cerrados para pecar? Sí; su soberbia les había cerrado los ojos, para que no vieran lo mucho que debían al Criador; la gravísima ofensa que le hacían, quebrantando su expreso precepto; las penas á que se exponían con su inobediencia; y, ciertamente, solo con esta ceguedad podían arrojarle á tan enorme atentado. Abrieron los ojos: pero ¿cuándo? cuando se los hizo abrir el escarmiento; cuando su gran miseria los hizo cuerdos. ¡Oh, cuánto mejor les hubiera sido abrirlos antes, para ver y considerar atentamente lo que tanto les importaba! Pero, en fin, no fué poca dicha que los abrieran después, para ver y llorar amargamente su desgracia.

Más larga suele ser la ceguedad de sus hijos. Las pasiones, que llegan á cegarlos, para que se precipiten al abismo de la maldad, sue-

len tenerlos despues igualmente ciegos, para que no vean el infeliz estado en que se hallan: así, en vez de llorar su miseria, viven en ella tan contentos y alegres como si se hallasen en el estado más feliz: semejantes á los que deliran alegremente, los cuales con mucho gozo celebran su buena suerte, cuando se hallan más postrados de una enfermedad mortal. ¡Ah! si alguna vez abrieran los ojos para ver el triste estado á que se hallan reducidos esos miserables apasionados, ¡cómo se trocaria su inmodesta risa en llanto, y su afectado gozo en la mayor amargura! Aquel joven disoluto, que vive tan contento, porque goza todos los placeres del mundo, sin negar á sus apetitos y sentidos nada de lo que desean; veria, que su libertinaje le ha hecho vil esclavo de sus pasiones; que con ellas disipa, cual otro Hijo pródigo, su patrimonio, pierde su fama, gasta la salud, abrevia su vida, se acarrea mil disgustos; y léjos de adquirirse la estimacion universal, que su vanidad anhela, es la fábula y el oprobio, no solo de los más juiciosos, sino aún de sus mismos compañeros, que si bien le alaban exteriormente por adulacion, ó por su interés, le abominan en su interior. Aquella mujer vana, que tanto se complace con el continuo trato de sus locos amantes, con el aplauso de sus trajes profanos, con los viles inciensos que le tributan los que son tan ciegos como ella; si abriera los ojos, veria grabada en su frente la más vergonzosa ignominia; veria, que su nombre y su honra anda con vilipendio en la boca de todo el pueblo; veria, que verdaderamente no es más que un ídolo, tan lleno de vanidad, como destituido de sustancia; y que los mismos inciensos, que tan vanamente recibe, hacen patente al mundo su liviandad. ¿Qué miserias, qué vileza, qué abominables brutalidades no verian, si fueran capaces de verse á sí mismos, el usurero, el jugador, el iracundo, el entregado á los excesos de la gula y del vino? En fin, todos los que están dominados de sus pasiones, verian, que arrastran las pesadas cadenas de una vilísima esclavitud, bajo el duro imperio de Satanás y de sus propios apetitos; que se hallan privados del mayor bien, que es la gracia y amistad del Señor; desterrados de su reino y de la patria celestial; destinados, segun su mérito, á los tormentos eternos: verian levantada sobre su cabeza la espada de la divina justicia, para castigar su obstinada maldad, abierto el infierno para tragarlos; y que para su eterna infelicidad no les falta más que un paso, y éste tan fácil y contingente, cuanto es endeble el hilo de la vida que los mantiene. ¿Cuál seria su confusion, cuánto el horror de sí mismos, si llegasen á verse con tanta miseria?

Pero no se ven, no se conocen; y esta es la miseria mayor, que los hace más dignos de lástima.

2. Su ceguedad se me figura como la del rey Nabucodonosor, cuando, por justo castigo de Dios, privado de su trono, de su palacio, de su corte, y de todo trato humano, fué arrojado al lugar de las fieras, para vivir con ellas y como ellas; verificándose con toda propiedad en aquel monarca infeliz la sentencia del Salmista: que *de la más alta cumbre del honor cayó á la vileza del irracional más torpe*. SALM. XLVIII, 15. ¿Qué mayor miseria, no digo para un monarca, más aun para el plebeyo más humilde, que vivir entre brutos, con el mismo pasto, con el mismo vestido, con los mismos movimientos, y, por decirlo en una palabra, con todas las demostraciones de un bruto? Así vivió siete años Nabucodonosor, sin que sepamos por la sagrada Historia, que su tristísima suerte le causase horror, ni le hiciera la más leve impresion en tanto tiempo; solo al cabo de siete años empezó á lamentarse de su miserable estado, é implorar la divina misericordia, porque solo entónces recobró el conocimiento con que pudo verse á sí mismo y conocer su infelicidad: *Sensus meus radditus est mihi*. DAN. IV, 51. Esta era la mayor miseria de aquel rey, no ver ni conocer su asombroso abatimiento; vivir en él tan satisfecho como si estuviera en su trono, gozando todos los placeres, los obsequios, los honores de su soberanía.

Y veis aquí, amados oyentes, la suma miseria de los pecadores endurecidos con la fuerza de sus pasiones: despues de haber cerrado los ojos para precipitarse ciegos y furiosos á un abismo de males, los tienen más cerrados para no ver su infelicidad. Por esto, léjos de llorarla como deben, y de procurar con todo su conato salir de ella, muestran tanto placer y viven tan satisfechos, como si se hallasen en la region propia de la dicha. ¡Oh ciegos infelicesimos! ¡Oh ciegos, tanto más miserables, cuanto ménos podeis ver y conocer vuestra miseria! ¡Oh ceguedad verdaderamente lastimosa! ¡Oh severo castigo de Dios, tan justo como terrible! Ingratos á los divinos beneficios, despreciasteis las luces del cielo, que os guiaban por el verdadero camino de vuestra dicha. La divina misericordia, ya con ilustraciones interiores, ya con sérios avisos de sus fieles ministros, os ha hecho ver muchas veces la fuerza de vuestras pasiones, que os arrastraban, la fealdad de los vicios, de que os dejabais dominar, los peligros gravísimos en que se hallaban vuestras almas; pero más amantes vosotros de las tinieblas que de la luz, apartasteis los ojos de las luces celestiales, que os conducian á la felicidad eterna, para gozar con más libertad, ó con más desenfreno, los bienes terrenos y los gustos momentáneos

que halagan vuestros apetitos. En pena, pues, de vuestra ingratitud, justísimamente permite ahora el Señor esa ceguedad horrenda, que os tiene como sumergidos en las más profundas tinieblas, sin veros á vosotros mismos, ni el estado infelicísimo en que os hallais. ¡Oh, si por un momento se os abrieran los ojos del alma, que pudieron cerrar la fuerza de vuestras pasiones y la dureza de vuestro corazón, cuán otras serian vuestras demostraciones! ¡Cuán distintos vuestros afectos! ¡Cómo se mudaria vuestra risa inmodesta en amargo llanto, vuestra vana satisfaccion en susto y horror! Experimentaríais igual asombro, y aun mayor, que el que experimentó la tropa de Siria, cuando, á ruegos del profeta Eliseo, le abrió Dios los ojos, que, por justo castigo, les tenia cerrados, para que no viesen dónde se hallaban, ni á dónde iban. IV. REG. 6. Habiendo andado aquellos soldados algun tiempo así descaminados, alejándose de sus tierras y de su ejército, cuando pensaban acercarse más; llegaron, finalmente, á Samaria, país propio de sus enemigos, y se hallaron rodeados de todo el ejército contrario. Para su desengaño y escarmiento, ruega el profeta Eliseo á Dios que les abra los ojos; ábreselos el Señor, efectivamente, y ven luego y tocan por sí mismos su fatal error. ¿Quién será capaz de ponderar el asombro, el horror, las mortales congojas de aquellas gentes, al verse de improviso en un país y estado tan distinto del que se imaginaban? En vez de paisanos y fieles compañeros, con quienes pensaban estar, se ven cercados por todas partes de un formidable ejército, con quien estaban en guerra; en vez de la seguridad y defensa de que se lisonjaban, ven sobre sus cabezas las espadas de sus mayores contrarios, que iban á descargar sobre ellos el golpe fatal: en fin, cuando se imaginaban lejos de todo peligro, ven sus vidas expuestas á ser por instantes funestas víctimas del furor de sus fieros enemigos, que tenian justamente irritados; y, efectivamente, hubieran perecido luego, si la compasion caritativa del santo profeta no hubiera excitado la del rey de Israel y de su tropa. ¡Oh, si los ciegos, de quienes hablo, lograsen el beneficio de que se les abrieran, siquiera por algun instante, los ojos del alma, como se abrieron á aquéllos los del cuerpo, ¡con cuánta más razon quedarían sorprendidos de asombro y de horror, al ver su estado tan distinto de lo que imaginan; al verse, digo, en la más deplorable miseria, cuando se tienen por los más felices de este mundo! ¡Cómo llorarían, á no ser insensatos, su suerte, que acaso celebran por la más dichosa!

Si en algun tiempo se padece tan deplorable ceguedad, sin duda es en estos dias, en que reina con tal despotismo el príncipe de las

tinieblas, que parece hallarse cubierta de ellas la tierra, como en otro tiempo se cubrió tres dias la region infeliz de Egipto: Exod. x, 22; en estos dias, tan tristes para los que conservan verdaderos sentimientos de cristiana piedad, como plausibles para los amantes de la relajacion; en estos dias, en que anda el mundo tan revuelto y confuso, que apenas se distingue el pueblo cristiano del gentil; en estos dias, en que se manifiesta el libertinaje tan triunfante y orgulloso, que gime como amedrentada y oprimida la verdadera piedad, y no se atreve á parecer en público la modestia. Cuando debieran estos dias, por ser inmediatos á la santa cuaresma, inspirarnos especial recogimiento y devocion, es tanta, no sé si diga la ceguedad, ó la locura de muchos cristianos, que se disponen para el sagrado retiro con la más desenfadada libertad; para la mortificacion y penitencia con una destemplanza brutal; para la santificacion de sus almas con una disolucion escandalosa. ¡Oh, quién me diera el celo y la elocuencia del gran Basilio, HOM. II, DE JEJUN. N. 7, para declamar con toda su energia contra semejante desorden! ¿Así quereis entrar al santuario para purificar vuestras almas, profanándolas con tanta torpeza en los umbrales? ¿Así os preparais para los ejercicios de la cristiana virtud, abandonándoos á los más brutales vicios? ¿Qué tiene que ver el vicio con la virtud, las profanidades con la santificacion, la disolucion con el sagrado retiro?

Bien sé, oyentes carísimos, que la disolucion escandalosa de estos dias no es general: sé, que durante el tiempo de tan horrorosas tinieblas no faltan siervos de Dios, que contemplan y gozan la luz del cielo en el santo retiro, en el templo del Señor, en devotos ejercicios. ¡Dichosas almas! verdaderamente dignas de la Religion que han profesado; de las cuales podemos decir, con especial elogio, lo que con tanta admiracion se dice de los israelitas en el libro de la Sabiduría: que *gozan por singular dicha la luz más clara, cuando se hallan los mundanos como sumergidos en las profundas tinieblas de una noche oscurísima*. SAP. XVII, 20, 18, 1. ¡Qué consuelo para mi paterno afecto! Pero cuanto me consuela el cristiano recogimiento de aquellas almas devotas, tanto me aflige la relajacion y desenfreno de otras, que andan ciegas, furiosas, olvidadas de su santa Religion y de sí mismas, arrastradas del impetuoso torrente de la mundana disolucion.

Clamemos, amados oyentes, clamemos al Señor con las palabras del profeta Eliseo, implorando su infinita misericordia, para que, con la poderosa fuerza de sus auxilios, abra los ojos de los ciegos amantes del mundo; de los que, siguiendo á ojos cerrados las máximas

mundanas, se precipitan furiosos á un abismo de males: *Domine, aperi oculos istorum ut videant.* IV. REG. VI, 20. Vos, oh Señor, que iluminais á todos los que acuden á vuestra divina clemencia, y suspiran por la verdadera luz que necesitan; vos, que por especial beneficio, sacando del medio de las turbas al pobre ciego, de quien nos habla el santo Evangelio, y poniéndole á vuestra presencia, le abristeis los ojos, le concedisteis la vista, le disteis la luz necesaria, no solo para ver las cosas del mundo, sino tambien para contemplar las verdades eternas, y seguir el seguro camino de su verdadera dicha; sacad, os rogamos con el mayor encarecimiento, sacad de la confusa turba del mundano bullicio á tantos y tan miserables ciegos, que se hallan con ella en manifiesto peligro de su perdicion; acercadlos á vos, fuente perenne de luz para iluminarles; concededles la vista y la luz que necesitan para ver sus peligros, conocer su miseria, implorar vuestros auxilios, salir con vuestro amparo de su infeliz estado, y buscar con vivas ansias el verdadero camino de su felicidad eterna.

Y vosotros, fieles míos carísimos, vosotros los que, por especial favor del cielo, no habeis incurrido en la ceguedad funestísima de aquellos miserables; ya que teneis aun los ojos abiertos, considerad bien su miseria y escarmentad con ella: mirad con asombro ese confuso bullicio que tiene cubierto de tinieblas al mundo, especialmente en estos dias; mirad con horror y aversion esas juntas sospechosas, esos bailes provocativos, esas casas de juego, esos excesos brutales, esos convites de lujo y profusion, esas escuelas de libertinaje; y, por decirlo en una palabra, mirad con horror y huid con todo vuestro conato esas diversiones vanas, inmodestas, indignas de cristianos, en las cuales el peligro es manifiesto, el tropiezo muy fácil, y la caída puede ser fatal é irreparable. No nos dejemos llevar en estos dias, oh cristianos, de los impulsos del apetito, de las máximas erradas del mundo, ni de las que neciamente se llaman diversiones del tiempo; sino del espíritu y sagradas leyes de nuestra santa Religion, de los avisos tan saludables como seguros de la Iglesia nuestra Madre amantísima, que ya nos llama, no solo con altos clamores, sino tambien con tristes demostraciones al retiro, á la contemplacion, á los ejercicios de piedad, á la verdadera devocion y penitencia. Sigamos constantes tan importantes avisos, y, con su observancia, preparemos dignamente nuestros corazones para la de la santa cuaresma, en que debemos consagrar á Dios nuestros corazones, desprendidos de los bienes, placeres y vanidades del mundo;

solo solícitos de los bienes espirituales y eternos, ansiosos de la divina gracia, y sumamente deseosos de la gloria celestial. Amen.

Véase: CEGUEDAD ESPIRITUAL.

CIELO

(VISION DE DIOS EN EL).

Videmus nunc per speculum et in enigmate, tunc autem facie ad faciem.

Al presente vemos á Dios como en un espejo, y bajo imágenes oscuras; entonces le veremos cara á cara.

(I. Cor. XIII, 12.)

Queriendo Jesucristo dar á sus amados discípulos una idea de la belleza del paraíso, para animarlos á trabajar por la gloria divina, se transfiguró en presencia de ellos, y les hizo ver la belleza de su semblante. San Pedro, entonces, al sentir una alegría y una dulzura tan inexplicable, exclamó: Señor, detengámonos en este sitio, no nos vayamos de aquí; porque vuestra sola vista me consuela más que todas las delicias de la tierra. Si tan feliz se creía san Pedro viendo á Jesús transfigurado, ¿qué felices serán los santos, que en el cielo ven á Dios cara á cara? En el cielo, dice el evangelista S. Juan, cuando Dios se nos manifieste, nos haremos semejantes á él, porque le veremos cual en sí es: *Cum apparuerit, similes ei erimus, quia videbimus eum sicuti est.* I. JOAN. III. Y S. Pablo añade: Nosotros, contemplando en el cielo la gloria de Dios á cara descubierta, seremos transformados en él. II. Cor. 5. Así, según estos dos sublimes apóstoles, Dios forma la felicidad de los santos, en cuanto ellos tienen la vision de Dios y la semejanza con Dios. No hay, pues, que separar-